

Al tras luz de la poesía y el conocimiento.

En torno a la poesía de Jaime Labastida*

Adolfo Castañón

« Vous criez : ‘Tout est bien’ d’une voix lamentable »
Voltaire

I

EL DE JAIME LABASTIDA era para mí antes que nada el nombre de un maestro. A principios de los años setenta, él era mi profesor de Historia de la Filosofía en la materia Filosofía de la Ilustración. De aquellas clases conservo dos recuerdos. El primero se refiere a un trabajo que hice para él sobre el tema de las ideas innatas en John Locke y René Descartes, que él aprobó indulgentemente, a pesar de una inolvidable falla técnica de mi máquina de escribir a la cual la letra u se le había caído. A pesar de mi falta de letra u, Jaime Labastida me felicitó por mi trabajo.

El segundo recuerdo se refiere al vigor con que hacía su exposición. Las ideas de Locke y Descartes tomaban posesión de aquel cuerpo y lo transfiguraban en otra cosa por virtud de la pasión intelectual que lo animaba. Esa impresión no fue efímera. Siempre que volví a encontrar a Jaime Labastida he tenido presente esa disponibilidad que lo hace ser un buen depositario de las ideas. Poco más tarde, me encontré con que aquel profesor era un poeta que Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Homero Aridjis habían incluido en su antología *Poesía en movimiento* y que había publicado sus dos primeros libros en una edición conjunta con Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley, Óscar Oliva y él mismo: *La espiga amoti-*

nada y *Ocupación de la palabra*, libros y autores animados por una intensa preocupación de índole social. Yo, a decir verdad, no compartía en aquellos momentos esas ideas, lo cual me llevaba seguramente a leer bajo un velo crítico su expresión. En 1996 el Fondo de Cultura Económica dio a la estampa el volumen *Animal de silencios*,¹ que reúne treinta años de labor poética, seis libros y, si no cuento mal, 153 poemas en 343 páginas, era una edición cuidada por el autor y Alejandro Reza en la Colección Letras Mexicanas, en un volumen empastado en fondo blanco, con carátula en tipografía impresa a dos tintas —azul marino para el título y negro para el nombre del autor y otros datos— que mide 22 x 15 cm.

II

Animal de silencios es el título de la reunión de seis libros de poemas que concentran 30 años de escritura del filósofo, poeta y editor Jaime Labastida.

“El hombre —dice el autor— es animal de silencios, y la poesía nace del silencio.” *Animal de silencios*: criatura que habla y que calla, que piensa y dialoga con la plenitud de los signos y con el vacío de la historia. Ánima solitaria y abierta al diálogo con la muerte, con los cuerpos que entran al vacío y al silencio. Meditación y soliloquio pero también increpación, conversación con los muertos y con la muerte, con el abismo y las tinieblas. Conversación y concierto con esos grandes animales taciturnos llamados Che Guevara, David Alfaro Siqueiros, Efraín Huerta, José Revueltas. Amoroso y épico, el poeta recorre las calles. No es un paseante sino un manifestante que va de la soledad

* Palabras leídas en el homenaje al Dr. Jaime Labastida el 14 de octubre de 2008 en Monterrey.

a la muchedumbre. Roberto Fernández Retamar, Dámaso Alonso, Jaime Sabines, Pablo Neruda, Octavio Paz son algunas de las voces que cruzan su resonancia en los poemas de Labastida —quien es, según yo y otros, el poeta más completo de *La Espiga amotinada*. Filosofía y poesía, lírica y política, contemplación y militancia, canción que se reconoce acción, acción que se tamiza en el pensamiento. *Animal de silencios* recoge treinta años, más de diez mil días de creación poética y transita desde el silencio iracundo del poeta ante la muerte y la injusticia hasta la serenidad apacible y el silencio insinuado del hombre vuelto hacia sí mismo.

La obra de Jaime Labastida es así esencia y prenda de una tensión singular. Por una parte, se vierte en formas métricas más que menos rigurosas: octosílabos, endecasílabos, alejandrinos, versos de arte mayor, a la saga de los de Pablo Neruda y de Paul Claudel; de otra, inclina su preferencia hacia un orden profano donde la miseria y la desgarradora situación de la condición humana así como la penuria y las emociones —la ira, el resentimiento, la venganza— buscan florecer su amargura.

La tensión entre formas consagradas y tradicionales y valores y emociones profanos prestan a su obra poética una intensidad distinta en el concierto mexicano. Su peligro, como apuntaba Octavio Paz, es la excesiva cercanía a la precéptica y la retórica —su premio: la profundidad conceptual y la hondura sensible. Su camino: el contraste vivido y expresado entre la historia pública y la vida personal donde, a veces, sale desgarrada la persona y a veces la Historia, pero donde el poeta sabe salir victorioso —elocuente y tácito— de sus riesgos *el animal de silencios* precisamente porque tiene el instinto de saber callar.

Labastida es el lago, el depósito de agua:
en su fondo, se encuentran muchas cosas
—quizás las que perdimos en la infancia.
Octavio Paz, “ prólogo ” a *Poesía en movimiento*.

III

Como se recuerda, el prólogo de la antología *Poesía en movimiento*, escrito por Octavio Paz, está escrito a la luz de las categorías enunciadas por el libro adivinatorio chino llamado *I Ching*. Desde ahí, Paz identifica a Labastida con la figura del lago. Pero existe otro libro augural que acaso también puede venir al cuento —al cuento chino— a la hora de descifrar la tabla periódica de las personalidades poéticas:

me refiero al horóscopo chino. En dicho calendario a Jaime Labastida le toca uno de los signos más afortunados de ese almanaque astral: el conejo, más particularmente: el conejo de tierra. Este animal emblemático tiene características que le van bien a nuestro retratado y a nuestro intento de retrato: la gracia, los buenos y suaves modales, la elegancia natural, la sensibilidad ante la belleza. Pero el conejo tiene también un lado reservado y se caracteriza por la finura de su juicio y discernimiento y por su capacidad para disfrutar la paz y el silencio. Por eso quizá Paz asocia la figura del lago con la identidad poética de Labastida. Entre todos los animales del zodiaco chino, el conejo, junto con la serpiente, se podría decir que es un animal de silencios. Y quizá no sobra decir que los chinos creen que por la suma de estas cualidades el conejo suele ser un hombre equilibrado y por demás afortunado en todas las empresas materiales o espirituales que emprende.

IV

Un fantasma recorre la poesía de Jaime Labastida. O, para decirlo con mayor precisión, la presencia de una ausencia y, todavía con mayo exactitud, *la* presencia en *la* ausencia y *entre* las ausencias. Aquí cabe recordar que Jaime Labastida es el autor de un estudio definitivo en la historia crítica de la poesía mexicana: me refiero a *El amor, el sueño y la muerte en la poesía mexicana* (1969), obra clave e ineludible para aprehender los procesos profundos de la poesía mexicana contemporánea. Si se tiene presente esta obra y se lee y relee luego *Animal de silencios* (1996) y *Elogios de la luz y de la sombra* (1999), el lector sabrá comprender hasta qué punto el tema de la enunciación lírica del final humano, el motivo de la ausencia y de la carencia, del hambre y la orfandad le pueden ser familiares a este poeta-filósofo.

Ese fantasma de la ausencia se conjuga en algunos de los poemas de Jaime Labastida con un asombro que resulta a la par poético y filosófico. La extrañeza de las “Ciudades desaparecidas” (p. 222) se compagina con la “Zoología en extinción” y se desdobra en esa “sombra” (p. 245) o en la elegía “Aproximaciones a la muerte de mi padre” (pp. 288-294) o en el poema “Rescoldo” o en “Diálogo del parto y la vejez” (p. 243); y también en el poema “Las especies caen con estruendo...”

Esta materia reflexiva y lírica se decanta y depura en su poemario más reciente, vertido en versos amplios e irregulares donde se alternan los heptasílabos, los endecasílabos, los alejandrinos y los versos de arte mayor. Ocho poemas

extensos componen *Elogios de la luz y de la sombra*, obra publicada en 1999 cuando el poeta celebró su 60 aniversario. El libro fue traducido al alemán por la prestigiosa Margrit Klinger Clavijo para la Editorial TeAMAR de Suiza, en el año 2002 con una presentación del ensayista y crítico literario hispano-mexicano Federico Álvarez. En el curso de su agudo prólogo, Álvarez hace diversas observaciones que tienden a relacionar la obra poética de Jaime Labastida con el oficio y ejercicio del pensar, asociando a la poesía de Labastida con los nombres de Sócrates y de Kant a quien, abrumaba “el silencio del cielo”, como al sinaloense. Pero hay una observación que hace Álvarez, como de reojo y al paso sobre el quehacer poético del poeta nacido en Los Mochis, Sinaloa, en 1939, en el año del Conejo y bajo el signo de Géminis. Dice Álvarez del verso de Labastida que “se confunde con la prosa” y que su poesía va enunciada “con un verso medido muy bellamente al compás del pensamiento”. Y da un ejemplo compuesto por una “serie casi perfecta de heptasílabos y endecasílabos:

Grandes pájaros blancos
surgen desde el cielo tenaz
y en sus alas brillan
los astros y la Luna.
Sube despacio un color
que acompaña el suave,
ronco, lento, dulce, fuerte bramido
del mar contra la playa. Un hombre solo,
una roca desnuda,
un pájaro nocturno,
un coyote que aúlla.
¿No hay caminos? El silencio del cielo
tiene un ruido de espanto.”²

“Un verso (...) medido al compás del pensamiento”, dice Federico Álvarez sobre la poesía de Jaime Labastida. Me detengo en esta expresión. ¿Es posible comparar al pensamiento con la música? ¿Se puede hablar de un ritmo de la reflexión y de un timbre del pensar? ¿Se permite Federico Álvarez una licencia poética al hablar de la lírica de Jaime Labastida en términos musicales o bien se limita a describir y a exponer? ¿Hay realmente una música del pensamiento o sólo se puede hablar de tal cuando se trata de una poesía no exenta de estribaciones filosóficas? Aquí cabría recordar que Paul Valéry al final de su libro sobre M. Teste dice cómo el dolor, que es indiscifrable e impensable, inconcebible, cabe ser expresado en términos musicales: *andante*, *moderato*, *fortísimo*, cosa que lleva a pensar en la condición corporal y aun orgánica del pensamiento. Dice así a la letra Valéry:

“El dolor es cosa muy musical, y se podría hablar de él en términos de música. Hay dolores graves y agudos, andante y furioso, notas prolongadas, puntos de órgano y arpeggios, progresiones —bruscos silencios.”³ Jaime Labastida, autor de un libro de poemas titulado *Obsesiones con un tema obligado*, por supuesto, no puede ignorar estos vínculos.

No es ésta la ocasión para dar respuesta a estas preguntas, pero sí cabe señalar aquí que el hecho mismo de hacerlas remite al lector a una genealogía de la enunciación lírica que puede remontarse al horizonte presocrático de Heráclitos y Anaximandros, de Platón mismo, del enciclopédico Lucrecio y más cerca de nosotros a la tradición moderna de los poemas del conocimiento y del conocer —la tradición que va de Sor Juana y de Luis de Sandoval y Zapata a Gorostiza, al Gabriel Celaya de *La resistencia del diamante* y aun a Octavio Paz y al Eduardo Lizalde de *Cada cosa es Babel*, para no salir del ámbito de nuestra lengua [cita de *Elogio del resplandor*]. Hay en los yacimientos de la obra lírica de Jaime Labastida varias vetas —la elegiaca, la amorosa, la forense— pero una de ellas —clave— es la veta reflexiva y filosófica. Es acaso de este horizonte crítico de donde más y mejor se pueden espigar casos y ejemplos donde alcanzan mayor intensidad el poema y el fraseo lírico. Dicho sea en un idioma más llano: cabría armar una noble y sugerente antología poética de Jaime Labastida desde una perspectiva filosófica. Por eso, otro de sus críticos —José Ángel Leyva— se ha permitido hablar de una “metafísica del incrédulo”. Surgiría de ahí el singular perfil de un ser musical y reflexivo, ávido de reencontrar la unidad desde el reconocimiento de la dispersión y de la diseminación, es decir el perfil de un hombre ilustrado —es decir, luminoso— en una edad de hombres oscuros, el perfil de un hombre generoso que no ha dudado en descender a los infiernos con su luz desde hace más de cuarenta años para ensayar a través del arte del verso la salvación de sus hermanos y más alta de la gran cadena del ser que nos envuelve y que hoy parece en peligro. Estas son algunas de las razones que nos han traído hasta aquí.

V

Dicen que la casualidad no existe y que lo que se llama azar —palabra por cierto cercana al nombre de la flor del naranjo— sólo es el antifaz de la voluntad unánime del mundo que lo mueve y nos mueve.

Antes de conocerlo personalmente, Jaime Labastida era —para mí— el nombre de uno de los poetas incluidos por Octavio Paz, Alí Chumacero, José Emilio Pacheco y Ho-



De la serie Cartografías, VII, 81 x 64 cm

mero Aridjis en la antología *Poesía en movimiento* que fijó en 1966 una imagen de la poesía mexicana de la segunda mitad del siglo XX, hasta el punto que no se ha cansado de repetir que debería llamarse *Poesía inmutable* pues los poetas ahí incluidos quedarían como petrificados en la imagen que estableció esa sagaz analecta. Aquellos poemas suyos formarán parte de la educación del adolescente que los descubrió junto con la antología en la que estaban incluidos a fines de 1967.

Unos cuantos años más tarde, en 1972, conocí en persona al profesor Labastida en la Facultad de Filosofía y Letras. Ahí él impartía una materia que los alumnos consideraban difícil y que a mí no me lo pareció tanto: era algo así como la exposición y análisis de algunos capítulos de la historia de la filosofía relacionados con los antecedentes del materialismo histórico: Descartes, Locke, Berkeley, Diderot, D'Alembert. El joven maestro que entonces era Jaime Labastida quien tendría a la sazón cuarenta y tres años, aparecía ante los ojos del joven de veinte vestido por el prestigio del poeta, del pensador y del maestro. Me hacía pensar en la figura de Denis Diderot, que ha quedado en algunos retratos: elegancia, apostura natural, que transportaba amor por las formas, instinto para reconocer las figuras de la belleza, mirada iluminada por la simpatía pero sobre todo ¿la furia por la lucidez? Eso sólo empezaría a entenderlo después, mucho después, cuando leyera su poesía: por lo pronto el

adolescente atarantado contemplaba con alguna envidia esa no tan soterrada sensualidad que le hablaba de un arte del buen vivir.

VI

La poesía de Jaime Labastida —miembro del grupo poético *La espiga amotinada* compuesto por Oscar Oliva, Eraclio Zepeda, Jaime Augusto Shelley y Juan Bañuelos—, en cambio, se da más como un arte de sobrevivencia que de vida y en los confines como una poética que en sus primeros poemas dará testimonio de la resistencia y de la muerte.

Los tres primeros poemas de *Animal de silencios* —el libro donde reunió su obra poética hasta 1996— traen desgarradores acentos telúricos donde cabe distinguir huellas y ecos de Juan Rulfo y de César Vallejo. El poema “Estaciones de un pueblo” está dedicado al escritor oaxaqueño —del Itsmo de Tehuantepec— Gabriel López Chiñas, profesor de Labastida en la preparatoria, a quien dedica uno de sus primeros poemas. Recordemos que López Chiñas en su juventud formó parte del grupo de estudiantes zapotecos e itsmenños que se consagraron en torno a Andrés Henestrosa y Alfa Ríos de Henestrosa y que conformaría un beligerante e ilustrado grupo de estudiantes juchitecos.

El poema narra un asesinato entre hermanos e intenta reconstruir a través de la re-escritura de la historia fundadora de Caín y Abel, el paisaje ético y simbólico del mundo rural de México. Tiene lugar en un pueblito indefinido que es todos los pueblos, en una época incierta que representa todas las edades de México. El asesino y el hermano asesinado configuran junto con la mujer india que es la madre de ambos y el “Tameme mayor” —que supongo es el sacerdote— el núcleo trágico de la escena arcaica a la que cabe añadir un quinto personaje cuya presentación resulta por demás ambigua: el testigo que, en primera persona del singular, da fe del episodio que, como un *tableau vivant*, se proyecta como una parábola mítica de la historia mexicana y americana, como una metáfora de la urdimbre trágica sobre la que se levanta el edificio de la cultura mestiza, condenada a repetir esta escena y a construir sobre “el nudo pétreo del misterio”, 120 versos de metro variable donde predomina el endecasílabo, estrofas decompuestas de cuatro versos, seis, ocho, diez, que afilan el verso hacia la prosa y donde un deliberado prosaísmo le sirve al poeta para construir una estética telúrica, es decir geológica, ctónica..., única capaz de medir la áspera pared de esa piedra mítica envuelta en el fuego de la fiesta.

En el segundo poema de *Animal de silencios*, “La fábula del fuego” el poeta asume ya de forma explícita una voz profética, que partiendo de la descripción, de un paisaje, desemboca en la invocación y la convocatoria. El poeta se desdobra ante el espejo negro de sus propios palabras y se pregunta: “¿También tu corazón es negro, sacerdote?” Ante el umbral de esta pregunta, el testigo del testigo, es decir el lector, se pregunta si el paisaje enunciado, ese “vasto horizonte de montañas que parten el cielo como hachas” no es también una representación del mundo interior, y si el panorama que arma el poeta no es ante todo un signo de su propio escenario íntimo, en cuya palestra las palabras se entrecocan como aceros para producir en el poeta-testigo, tanto como en el testigo del testigo que es lector, una chispa capaz de iluminar el proceso diurno y nocturno del propio cuerpo. De ahí que no extrañe sino que parezca completamente espontáneo y natural que “la fábula del fuego” concluya con una invitación imperativa: “¡A construir sobre estas ruinas que son una derrota..., piedra sobre piedra/sangre sobre sangre/la torre que hereden nuestros hijos”.

La enunciación deja implícitas, dichas en el silencio –*Animal de silencios* es el poema y la suma poética, el lema elegido por este poeta-filósofo– muchas cosas. Este valor de lo tácito, de lo callado, de lo sugerido o entrañado en la palabra es uno de los sensores revelados que articulan la obra poética reunida bajo el lema o emblema *Animal de silencios*, fórmula cercana al genio del primer Octavio Paz. Deja clara esa enunciación la voluntad edificante, constructiva y hasta constructivista del poeta. Da testimonio de su pertenencia a un linaje que sabe que debe afirmarse en la reproducción y multiplicación: en eso que “heredan nuestros hijos”. Deja constancia en fin de la idea orgullosa que tiene este portavoz profético de la eminencia de su estirpe.

Se da de nuevo un ir y venir soterrado e insensible entre cosmos y macrocosmos, mundo exterior y mundo interior a través de la guía umbilical que será la doliente palabra poética...

“Bajo la pesada losa del mundo”, el tercero de estos primeros poemas condensa y concentra el movimiento en los dos poemas anteriores que transitan desde la construcción de lo nocturno e impenetrable hacia la certeza de la resurrección (“Un día amaneceré resucitado”) que sólo será posible gracias a ese elemento comunitario y revelador de la sincronía entre el mundo exterior y el mundo interior, que es el *dolor*, criatura singular que une a los vivos y a los muertos, dolor a la vez propio, individual y público, an-

cestral y renovado que representaría como el metabolismo ético y estético de ese cuerpo moral que es la palabra.

“Ay padre amadísimo, yo era un ladrón
en busca de palabras. Y me quedé
arropado en un oscuro manto de sollozos.”

(“Aproximaciones a la muerte de mi padre”
de *Animal de silencios*, p. 289)

La “figura” irrepresentable del dolor es en la obra de Jaime Labastida como una suerte de lámpara de Diógenes que le permitirá al poeta reconocer en sí mismo, extraviada y partir de ahí encontrada en su bosque interior, la intacta figura del hombre prometido.

En la poesía de Jaime Labastida, el dolor es el sustento de la contemplación desvelada en la búsqueda de lo diáfano. Ese dolor es en principio el de una pérdida –la muerte de los padres que ha instalado en el corazón del poeta una nostalgia– pero también una serenidad que lo prepara para asumir la visión profética de la cual es portador. Esa visión profética busca abrirse al ámbito de lo sagrado sin renunciar al orden de la meditación conceptual más próxima de la filosofía. Y quien dice profesión dice visión del horizonte externo y del horizonte íntimo fundidos en un solo filo: el de la luz que lo asedia y lo hace interrogar y dar testimonio de su desgarradura. No aspira el poeta-profeta a ser un dios o superhombre: quiere algo más difícil y más sencillo: ser un hombre justo –y esa medida: la de la humanidad y la de la justicia entendida en sentido ético y estético– será la guía de su última recolección de poemas *Elogios de la luz y de la sombra*.

VII

Ocho elogios componen *Elogios de la luz y de la sombra* de Jaime Labastida: 4 de lo oscuro –sobre penumbra, oscuridad, tiniebla – y 4 de lo luminoso –la luz, el resplandor, el radiante mediodía, la claridad–. Cada uno de estos poemas extensos, escritos como himnos o como odas en versos libres y de arte mayor, está enunciado desde una altura o elevación desde la cual la voz poética busca alcanzarse hacia la profecía a través de preguntas tendidas hacia lo alto. Saint-John Perse, Paul Claudel, los poemas teológicos de Víctor Hugo, Lautréamont, José Asunción Silva, Sor Juana, Rilke, Borges. La figura del “ángel terrible” de Rilke recorre esta arquitectura del logos elocuente y pensativo, como ha señalado Federico Álvarez.

Pero frente a ese “ángel terrible” –como si fuese su espejo– hay otra figura que habita esta casa de ocho patios que es el libro: la del hombre justo con cuya invocación o alusión concluyen los ocho poemas que componen la obra:

“Elogio de la Penumbra”

... mi vida entera ¿se puede condensar en una frase: habré logrado ser tan sólo un hombre justo? (p. 34)

“Elogio de la Penumbra”

Me dije, intenta ser, tan sólo un hombre justo (p. 34)

“Elogio de la Oscuridad”

Supe que la muerte era necesaria y que por eso, solamente por eso, podría llegar a ser un hombre justo (p. 44)

“Elogio de la tiniebla”

Y me dije, de nuevo, intenta ser, tan sólo, un hombre justo (p. 54)

“Elogio del resplandor”

¿Podré, mientras oímos el cuento del poeta ciego (...) llegar a ser, tan sólo, un hombre justo?

Por eso, me pregunto, cuando estoy a la mitad del camino que atraviesa la selva oscura de la vida, yo, que sé cuanto ha sido generosa la vida conmigo (me ha dado amor, hijos, salud en abundancia y aún así ni puedo ni debo llamarme feliz), ¿podré llegar a ser tan sólo, un hombre justo? (p. 74)

“Elogio del radiante Mediodía”

Me volveré ceniza, pero más allá de la mitad del camino de la vida, hoy, cuando llegan noticias del atroz invierno y quiero hacer un balance de todas las torpezas cometidas, ¿habrá llegado a ser un hombre justo? (p. 84)

“Elogio de la Claridad”

...pese a que nunca pueda llegar a ser un hombre justo, esfuerzate, porque sólo en la lucha podrás hallar la felicidad que buscas. Calla, he aquí la hora cierta en la que habrás de entrar, desnudo, en el silencio (p. 94)

Esa pregunta insistente, como una plegaria incesante se reitera y arma el poema tensándolo como un arco de signos:

“Por esto, porque he terminado el balance final y sé que es imposible para ningún hombre decir jamás que está por completo satisfecho: porque nunca podrá soñar con decir que ha sido totalmente feliz, ni será nunca capaz de afirmar que ha terminado bien una tarea, por eso, pues, me habrá de preguntar ¿habría llegado a ser tan sólo un hombre justo? Tendría que responder que no, que nunca nadie, en ninguno de los quicios del mundo, nunca en Tebas, ni en la podrida Nínive, ni en Tulum, la bella

ciudad amurallada donde el mar grazna en azules su amor a la delgada roca, ni en Egipto, cuya reina tuerta nos observa desde la eternidad de sus colores, nunca, en ninguna parte, podrá decir nadie que ha llegado a ser hombre justo (p. 92)

La pregunta por la posibilidad de la justicia en el mundo se desdobra implícitamente en otra que sostiene los ocho poemas, ¿es posible conocer a cabalidad? ¿es posible ser y estar ahí íntegra y redondamente? “Todo lleva en sí mismo –dice el poeta– el signo cierto de la muerte” (p. 60) Esta certeza la lleva el poeta como una herida abierta o un duelo vivo cuya conciencia y experiencia nos remite (al autor y a sus lectores) a la gran cadena del ser del que formamos parte. La fraseología del poema es de estirpe clásica y aun medieval, remite al *Timeo* de Platón: esa luz viva y viviente que es reflejo de lo luminoso que está más allá de la envidia y de la imperfección, del deterioro y la decadencia es en cierto modo el sello que, como un tatuaje marca en el hombre la impronta y la necesidad del optimismo o, como diría Voltaire: « Vous criez : ‘Tout est bien’ d’une voix lamentable »; o, como diría el otro “Vous criez ‘Tout est mal’ d’une voix enthousiaste”:

Anexo I

ESTACIONES DE UN PUEBLO

A Gabriel López Chiñas

No hay nada que no pueda referirse.
Estoy aquí, golpeando como un timbal en una dura
[sinfonía,
señor de la desgracia que en el aire danza
y que viene a contar la parábola del muerto.

Hierba solar es el cabello de esta suave mujer,
lino seco en las primicias del agua;
un peine que es biello lo trenza en gavillas.

Esta mujer va a parir un hijo que se llamará Caín.

El niño despertará asido del asombro;
fundador de milagros,
salvaje que levante el suelo de profundas raíces;
rebelde que asesinará al conforme Abel,
que es silencio, es lodo, es piedra.
Será Caín el hijo de esta mujer de temblorosa carne.

Un pueblo cayendo en las esquinas,
mendicante frente a puertas cerradas,
sabe que no puede sufrir ya más insultos
callado bajo látigos y oro,
que no siempre, como ahora, vivirá Abel
en este sitio donde el agua se endurece.
Este pueblo gimiendo bajo sucia conquista y colonatos
será Caín, madurador del bronce.

Pueblo, persígnate:
En el nombre del Hambre,
del Odio
y de la Santa Blasfemia.

La primavera madrugó sobre el campo de nopales.
[Amanecía:

Un indio puede morir sobre lechos espinosos, callado.
Puede morir con mímica rutina,
con ensayada muerte de camino.
Se ha visto morir en cada trago de agua
y en cada pedazo de comida, indiferente hasta la niebla.
¿Qué flecha vibra entre sus ojos mansos?
Es el suplicio de ver su piel
colgando en las paredes de las chozas, al abrigo
[de las fiestas solares.

Es la caída de pluma y piedra desde aquél,
el de los pies quemados,
hasta el cortar sin filo de una daga.

Tendido sobre su cama hecha de piedra y de tezontle,
dura como la gruesa lágrima de una mujer
ante la muerte fresca de su hijo,
el peso de cualquier abundancia le sofoca.
Vive por vengar el dolor de mancebas derrotas,
por maldecir el lazo que le anuda el tropo de azúcar
[en los dedos.

Y entra en el atrio de una iglesia,
rompe la puerta y sus herrajes y, en la nave,
agonizante ya por las espadas de luz que la atraviesan,
grita su desgracia de sentencias azules.
Implora, no perdón, sino paño de amor sobre su llanto.
Y destroza los altares silenciosos,
apaga los cirios y las velas
y escupe las espinas de os santos.

El verano cayó sobre el campo de nopales. Atardecía:

Todo va madurando hacia los siglos
mientras que el sueño de este pueblo se congela
[en la miseria.

No conoce canciones de alegría, sino largo desgarró
[de la sangre.

No nace nada de repente. Y todos los momentos
van surgiendo de una inseguridad sobre la Tierra,
[seca como insulto.

Roda va madurando hacia los siglos.
Hasta los muertos maduran en nosotros
una vida de vela y cempasúchil.

¡Que el machete no se guarde en el viejo tapanco
[de la troje!

¡Corre, venado de latitudes morenas,
arráncate tu rostro ídolo dormido!
Rugir de bestia y zarpazo de fiera acometida.
¡Brilla, brilla, pupila agorrojada por la ira:
este país de fermentadas aguas,
de hinchados pies por caminos de piedra y esqueletos,
ha de saltar hacia la aurora!
Anuncio de tormenta: trueno y rayo.
Muerte de las voces pequeñas y amargadas.
Doctrina entumecida, muere.
¡Y que surja el rapto de las alas!

El otoño se extendió sobre el campo de nopales. Anochecía:

Un asesino lleva sentado sobre sus hombros
el cadáver del hermano que mató
en un día de embriaguez
con abundante licor de luna espesa.
Fardo del remordimiento sobre el lomo de la conciencia.
Otoño es ya este pueblo con piedras en el hígado.
Ha visto a una araña tejer el vidrio de su baba,
sólo para que sea su tela destrozada por la dura pezuña
[de un novillo.

Y así tiene él la mano, a ras del polvo,
como simple telaraña en el paso del ganado.
Ha visto a un lobo matar caballos
mordiéndoles el anca mientras corren.
Y al mismo lobo, con el hocico cosido,
encerrado en jaulas de vergüenza, ser exhibido
[por los ranchos,
hasta que lentamente muere de hambre.

Sabe que es suya la venganza más terrible.
Y la teme, como si en un terrible sueño,
se hundiese entre pantanos de lodo y crucifijos.
Cargador del dolor, este pueblo ya no soporta la injuria
[de su peso;
del llanto blanco de las velas sobre la manta prieta
[de su cuerpo.

El Tameme Mayor también sobre su espalda carga
el ulular de gente que agoniza, un lucero,
una campana de vestidos sonoros,
el tejido entero de la noche.
Es esclavo de su mandato primero. Se obedece.
No es libre para cambiar leyes impuestas por su mano.
Es responsable del llanto y la alegría,
lleva dolor de placenta y de vagina
y también de verdugo que cercena los cuellos en secreto.

El invierno se hincó ante el campo de nopales.
La noche, por oscura, presagia un día brillante:

Así como el dolor llegó, también se va.
Amanece la risa sobre este pueblo de alfareros,
como dioses sentados en la tierra.
La hormiga roba el grano a los avaros designios.
Arrullo de placeres; canto gutural y ritmo agónico
en el filial misterio de la noche;
la flauta, como vasto silencio conjurado;
las plumas ancestrales, los dioses de ondulantes espigas;
la pirámide, puerta del asombro, reverencia al enigma,
al nudo pétreo del misterio; y el juego pirotécnico,
carrizo en luz que desprecia cabezas y abate vírgenes
[tinieblas.

Las puertas giran sobre goznes anciano en el muro pálido
[del aire,
y este pueblo se planta semillas en la boca
porque lleno está su pulmón de blancos vientos.

Estoy aquí, con la faz cotada por centellas,
iluso morador de estros perplejos,
hijo del trágico ademán, hirviendo.
Aquí, en un año sin estaciones,
de golondrinas anidadas en las vidas del viento,
repitiendo a mis ojos: "Allá están
las parcelas del sol sobre los cerros".
Aquí, como un cadáver en el anfiteatro:
abierto y conocido en mis raíces.

LA FÁBULA DEL FUEGO

Aquí hay un vasto horizonte de montañas
que parten al cielo como hachas,
un vago clamor de avena y de maíz
en la garganta h el arado.

Sin futuro y sin alba,
este suelo hinca sus raíces
en el fuego del pasao
que le vuelve ceniza las entrañas.
¡Antepasados crepúsculos de gloria
cercan sus aguas dormidas!

¡Se enciendan las marismas!
Con manos olfativas
la tierra se partió en un mediodía de cigarras.
Bruscamente, se retuercen los troncos
por un crepúsculo lunar,
y un buey camina lentamente
mientras soporta el yugo y el silencio.

Un águila de bronce
arranca el sayal a un peregrino arrodillado
y le deja líquidos los huesos, como lluvia.
¡La desolación y la angustia
no corrompen las miradas!
¿También tu corazón es negro, sacerdote?
¡Profeta del silencio,
arroja ya tus hábitos nocturnos!
¡Canten, augures de la música,
con bufanda de sol sobre su cuello!
Un potro se despeña
como un puñado de sal caído de la mesa.

¡Maravilla de cientos que romperán las nubes
y parirán sin sábanas la vida!

¡A construir, sobre estas ruinas que son una derrota,
piedra sobre piedra,
sangre sobre sangre,
la torre hereden nuestros hijos!

BAJO LA PESADA LOSA DEL MUNDO

Sobre la tierra, estamos enterrados.

Todo su peso cárdeno

se vuelca sobre mis pies antiguos.

Toda la tierra me avienta sobre el cielo,

me sujeta en mi raíz

y me hunde entre sus manos.

Despedazado estoy.

Mis ojos van allá, por el impulso,

mas presos en órbitas se quedan,

asidos a su fin y a su condena.

Toda la Tierra es una losa terrible
sobre cuerpos caducos y marchitos.

Los cielos rosáceos se coloran aún más de sangre
violenta

que se arrojan por los ojos.

Bajo la pesada losa de la Tumba Terrestre,

se mueven vidas sepultadas,

muertos que se engañan.

Pero las tumbas se violan,

para encontrar los huesos,

deshechos en pedazos, débiles al tacto.

El dolor nace y se queda, callado,

en las voces de los muertos que palpitan.

El dolor es propio; nace del corazón

y se renueva con la sangre, en la latente

perfección de círculo, de cansada finitud.

Un día amaneceré resucitado.

INVOCACIÓN A UNA ALTA IMAGEN

a Ruth

Mujer de viento,

permite que la playa de tu oído

recoja el mar de mis palabras.

He de enseñarte a amar lo que yo amo

y has de aprender a amarte toda tú.

He de romper lo unido a la costumbre

para que tu sed conquiste calma.

Ya te hundiste en el agua

y vives, como océano,

ciñendo el continente de mi torso.

¡Ves el reflejo de la sal en los esteros?

He aquí que tu mirada dulcifica.

Estela es tu nombre.

En mí la dejas como vasto ámbito de espuma

o una turbia primavera aflorando hasta la piel.

¡Ah, la tierna región que ahora me señalas!

Recoge de mi antorcha el fuego suficiente

para quemar la casa de tus padres.

Corazón de designios amables,

acaricia mi esperanza arrodillada.

Te invoco mujer:

siente la savia de mi voz;

te imploro, imagen alta abierta a mi resguardo.

Abanico del aire, tócame.

Cabellera del fuego, incéndiame.

Ánfora de la alegría, sáciame.

Señora de la luz, concédeme la sombra.

(Jaime Labastida, *Animal de silencios*. Fondo de Cultura Económica, México, 1996, pp. 13-20)

Notas

¹ Jaime Labastida, *Animal de silencios*. México, D.F., Fondo de Cultura Económica, Col. Letras Mexicanas, 1ª edición, 1996, 343 pp.

² Jaime Labastida, *Elogios de la luz y de la sombra*. Poemas/ Lob auf Licht und Schatten. Gedichte. Traducción de Margrit Klingler-Clavijero, prólogo de Federico Álvarez. Zürich, Teamart, 2002, 97 pp.

³ Paul Valéry, "Vuelques pensée de Monsiur Teste", en *Monsieur Teste*. Œuvres, II. Col. Pléiade, Gallimard, 1960, p. 73.

ADOLFO CASRAÑÓN. Escritor y crítico. Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua e investigador de El Colegio de México. Ganador del Premio Xavier Villaurrutia 2008. Correo electrónico. avecesprosa@yahoo.com.mx